

SMULSKI, Jerzy (2009): *Przewietrzyć zatęchłą atmosferę uniwersytetów. Wokół literaturoznawczej polonistyki doby stalinizmu*, Wydawnictwo Naukowe Uniwersytetu Mikołaja Kopernika, Toruń, 184 pp.

El último libro publicado del profesor e historiador de la literatura Jerzy Smulski comienza con la siguiente reflexión: si bien la aplicación del realismo socialista en la Polonia popular ha hecho correr ríos de tinta, no se presta atención a los estudios literarios polacos de la época del estalinismo.

Una carencia que la presente obra contribuye a paliar. Se trata de una recopilación de diferentes investigaciones, estructurada en dos grandes secciones: la primera de ellas contiene cuatro capítulos dedicados exclusivamente a los trabajos de los polonistas durante la posguerra; la segunda aborda una problemática similar, pero amplía el espectro indagando en las antologías y las traducciones publicadas en los años en los que la censura era más férrea. De manera que la política editorial de la época de Bierut queda al descubierto.

Muy pronto se le revela al lector que esa “atmósfera enrarecida de las universidades” del título, que es necesario “airear”, es una consigna lanzada por un estudiante de filología polaca, Andrzej Kijowski. Así definió el objetivo del cuarto congreso de polonística que tuvo lugar en Cracovia en el año 1950, de pleno apogeo estalinista. Precisamente el capítulo inicial narra la historia de los seis encuentros análogos que se celebraron entre 1946 y 1952. O lo que es lo mismo, relata cómo las tesis marxistas avanzan, aplastando a su paso el resto de corrientes en la investigación literaria: el formalismo, la fenomenología, el eclecticismo, el psicologismo y el biografismo.

¿Qué lugar ocupaba la obra de Zygmunt Krasiński en ese ambiente de revisionismo? Como “heraldo de la reacción” (p. 79) —en palabras de Maria Żmigrodzka—, era marginado y criticado a partes iguales. A pesar de ser uno de los tres grandes bardos del Romanticismo polaco, los libros de texto pasaban de puntillas por su obra. En general, sólo *La No-Divina Comedia* se salvaba de la quema, aunque sólo parcialmente. Y es que la crítica marxista veía en ella elementos realistas a la hora de desenmascarar las injusticias sociales y el limitado alcance de las revoluciones burguesas.

Otro de los grandes debates literarios de la época lo protagonizó la literatura del período de entreguerras: ¿eran dos o tres las corrientes que confluyeron entonces? A primera vista puede parecer un bizantinismo, pero no es baladí si tenemos en cuenta que el tercer estilo en discordia era el realismo revolucionario. Fue Jerzy Putrament quien osó incorporarlo al realismo crítico, sin concederle un rango propio. Además, este tercer capítulo se ve implementado con un anexo que contiene cinco *fraszki* o bagatelas de Julian Przyboś, Jerzy Putrament y Julian Tuwim, escritas al calor de la discusión.

Cierra la primera parte un análisis de los primeros manuales de la literatura polaca contemporánea que se publicaron en los años cincuenta del pasado siglo. Aunque ya en 1948 se había creado el Instituto de Investigaciones Literarias con el fin de propagar la metodología marxista, éste no llegó a cumplir uno de sus principales cometidos: la redacción de un manual de literatura para estudiantes universitarios.

Sin embargo, sacó adelante el equivalente destinado a la enseñanza secundaria, sólo que con poca fortuna: tanto el primer manual de Ewa Korzeniowska como su sustituto, obra de Ryszard Matuszewski, fueron ampliamente criticados por no ver más que ideología en el arte.

Ese afán reduccionista está presente en el estudio que inaugura la segunda sección, dedicado a las antologías, un fenómeno en boga durante el estalinismo. Es curioso observar que una época que promovía las obras colectivas y las grandes síntesis fuera tan amiga de las omisiones. El paradigma de estas antologías arbitrarias es, según el autor, *Wiersze które lubimy (Los poemas que amamos)*. Publicada en 1951, sus artífices fueron Adam Ważyk y Jan Kott.

El capítulo siguiente introduce la cuestión de las traducciones de los años anteriores al deshielo. Tal era el aislamiento al que se tenía sometido al lector polaco que, de entre la literatura estadounidense, tan sólo se editaba a Howard Fast y Albert Maltz. Poco a poco, algunos críticos literarios fueron reivindicando –o simplemente nombrando– a Steinbeck y a Faulkner. Su defensa había de ser matizada y parcial, puesto que recurrían a la famosa táctica del *ketman* que luego Miłosz desmontaría en *El pensamiento cautivo*. Nada de lo que extrañarse si tenemos en cuenta lo que en 1948 Aleksandra Fadiev, secretaria de la Unión de Escritores Soviéticos, dijo en el congreso de intelectuales en defensa de la paz en Wrocław: “Si los chacales pudiesen aprender a escribir a máquina y las hienas supieran emplear la pluma inmortal, seguro que crearían algo similar a los libros de esos Miller, Eliot, Malraux y Sartre” (p. 145).

Volviendo a Steinbeck, el último texto está dedicado a la recepción de su obra en Polonia entre los años 1945 y 1968. Hasta 1948 no se tradujo íntegramente ninguna de sus obras, siendo *De ratones y hombres* la que abrió la veda. Seis años después el premio Nobel fue entrevistado por Marian Piotrowski para la Radio Europa Libre. De forma análoga a lo que ocurría con el resto de traducciones, la crítica equilibraba las alabanzas al autor de *Las uvas de la ira* mencionando sus deficiencias.

Hasta aquí el recorrido histórico de la mano de Jerzy Smulski. Sin duda, el lector le agradecerá el orden expositivo, la forma de ir imbricando los acontecimientos que desbroza y la ausencia de moralina y de subrayados innecesarios. Ya las citas, ora crueles, ora aparentemente encomiables en su afán por sacudir conciencias, son suficientemente elocuentes.

Amelia Serraller Calvo
Universidad Complutense de Madrid